



Mercado de "El Arenal". SEVILLA

ANIDANDO

■ JUAN RODRIGUEZ DE LECEA

Soy ave de paso. La vida y mis ocupaciones me han tenido siempre de aquí para allá, subiendo y bajando, probando un sitio y otro, de manera que nunca he podido identificar como mío un lugar de esos que llamamos propio. He tenido, por el contrario, que ir distinguiendo, poco a poco, aquellos en los que, por haber repetido más a menudo mi paso por ellos o porque pronto encontré una forma grata de organizarme y moverme, me daban la tranquilidad de lo identificable y lo conocido.

Sé bien que, en realidad, en cada uno de estos sitios el valor de lo conocido es siempre relativo, pues, tras unos meses de ausencia, siempre hay algo que ha cambiado, bien sea un edificio que ha dejado de existir, una calle alterada, tiendas con mercancías que uno nunca había visto o siempre había asociado con otros lugares, viajeros como yo, que esa vez no han coincidido en el lugar y en el tiempo, o que son nuevos, o que ya no vienen, e incluso, de vez en cuando, notar los devastadores efectos de la



muerte que, en mi ausencia, se ha llevado seres que formaban parte, en mucho o en poco, de mi mundo, recreado en cada sitio.

De tanto viajar solo y de ir de aquí para allá sin un hogar al que volver, uno lo construye a pedacitos a fuerza de hacer costumbres que se convierten en refugios calentitos en los que uno se reconoce. Mis gustos se han hecho importantes para mi hasta el punto de que el ritual que realizo cada vez y en cada sitio para darmelos ha ido componiendo, a través del tiempo, las paredes y los muebles de mi casa imaginaria.

De mis gustos puedo decir que prefiero las ciudades a los pueblos y lugares aislados en el campo, al contrario de lo que les pasa a otros muchos de mi especie. De las ciudades, tengo marcadas preferencias por los puertos, cuando los hay, y por los mercados, siempre. Otros se desviven por las estaciones -que a mi también me gustan, pero menos-, los aeropuertos, los parques, los puentes ribereños o los barrios de "mala nota" que, hay que reconocerlo, son de lo más calentito que conozco en cuanto a preferencias rituales de viajeros de mi especie. Gustos hay para hacer colección con ellos, pero yo, ya lo he dicho, les entregue mis preferencias a puertos, a veces, y mercados, siempre.

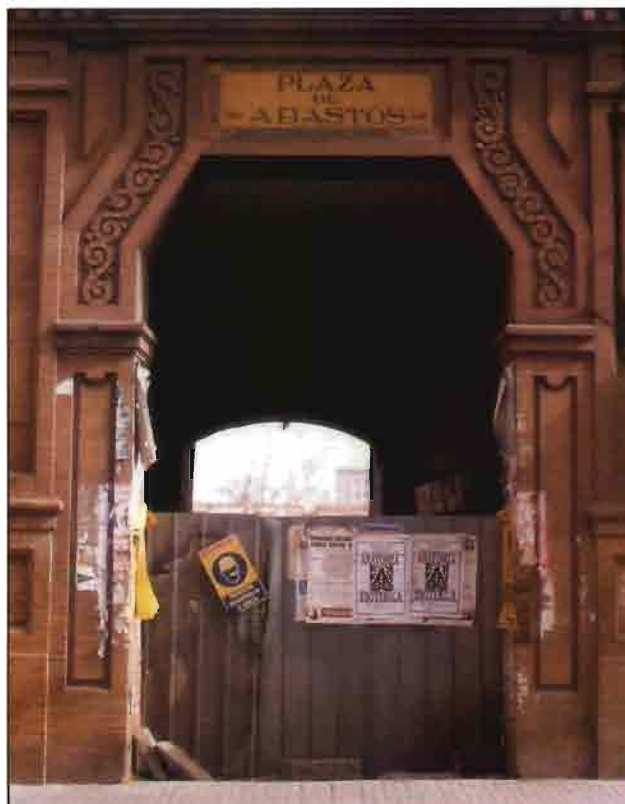
Lo ideal para mi, ya se entenderá, es la zona del mercado más cercano al puerto, e incluso cuando éste no existe, cosa que pasa a menudo porque me muevo mas por el interior que por la costa, noto que tengo una cierta querencia por la zona de las pescaдерías, seguro que porque los olores a pez, a sal y a agua, mezclados, los asocio a los de los puertos que he visitado.

Tengo mis preferidos, por supuesto, y en cada ciudad, después de visitar algunos o incluso sin ver

ningún otro, pues encontré uno de mi gusto a la primera, anido cerca de él y después me muevo entre sus calles, sus tiendas, bares y tugurios cercanos, entrando y saliendo, y dejándome atrapar por su vida, sus movimientos y sus ruidos, de manera que, al cabo de un rato, me suena ya como una melodía conocida, que tarareo dentro de mi cabeza sintiendo como si siempre hubiera estado allí.

He conocido y hecho míos ya unos cuantos, algunos famosos y otros que nadie conoce fuera de sus barrios. Algunos siguen ahí y me sirven, y presiento que me servirán durante toda mi vida, como aliciente en mis lugares de paso. Otros los he visto desaparecer o, mejor dicho, han desaparecido en mi ausencia y me he encontrado con su vacío en uno de mis viajes. Casi no hay ciudad que no haya derribado alguno o los haya dedicado a otras cosas. Me acuerdo ahora de "Les Halles" en París, el del Borne en Barcelona, el de Portugalete

→



Antiguo Mercado de Triana. SEVILLA

en Valladolid, o los de Olavide y la Cebada en Madrid, aunque éste último se convirtió en otro más moderno, más feo seguramente, pero igual de animado y alegre.

También desapareció el de la Encarnación, en Sevilla, en cuyo solar no saben ahora que hacer, mientras tienen los puestos en una instalación provisional que lleva ya para veinte años. Pero de ese no puedo hablar mucho porque no lo conocía. En Sevilla siempre fui para Triana. Su mercado estaba metido dentro de un antiguo castillo, San Jorge lo llaman, que estaba y está, pues el castillo sobrevive, pegado al río Guadalquivir y al pie del bien famoso puente de Triana, versión moderna de uno más antiguo de barcas, que el castillo tenía la misión de defender.

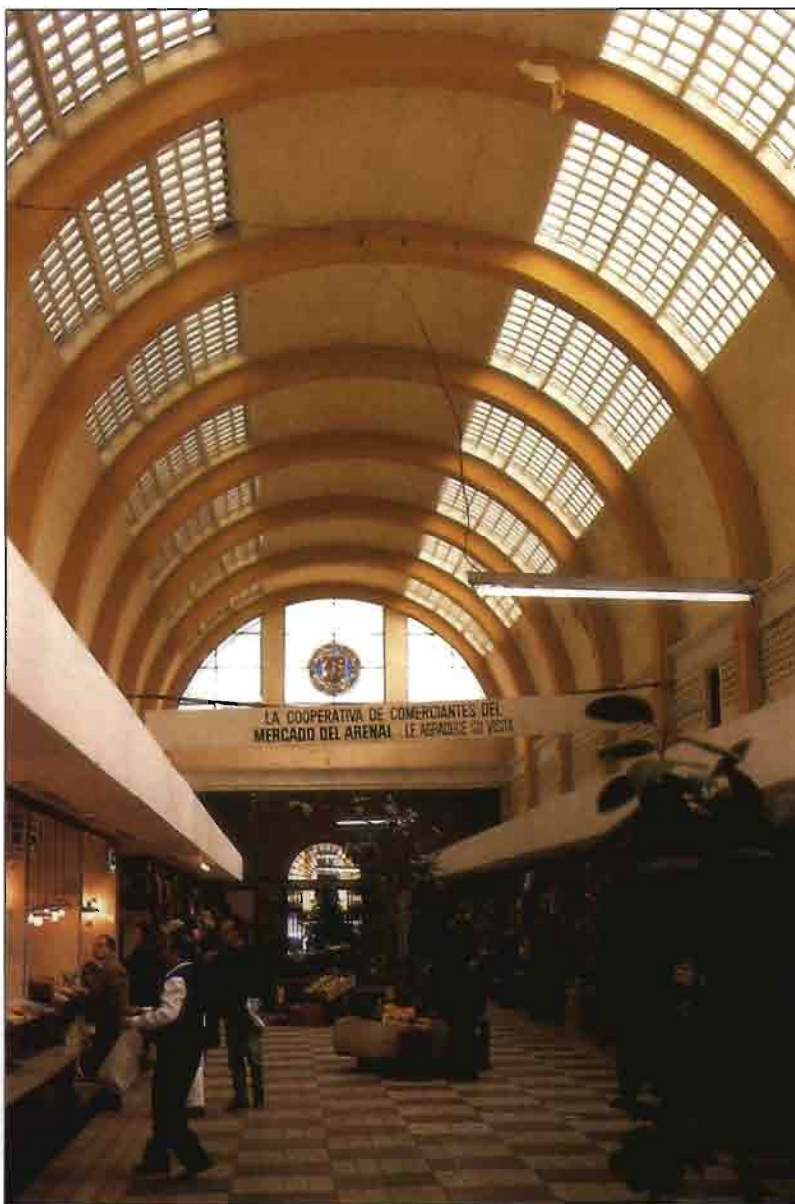
Tanto en él, como en los otros que he nombrado y los que no podré nombrar en este relato, el lugar de mis preferencias para acomodarme y adormilarme

entre la gente, es el bar. Siempre hay uno o más de uno. De entre ellos, cuando son varios, hay que saber distinguir el fetén, el del mercado, lo que resulta realmente fácil si uno deambula pausadamente entre los puestos a la hora del café o, mejor aún, a la del aperitivo. Enseguida se ve pasar la bandeja con cañas de

cerveza, chatos o copas de vino y tapas, que en algún que otro sitio llaman aperitivos. No hay más que seguir a su portador, que va dejando el encargo, a cada cual en su sitio, entre meros y lubinas, berzas y coliflores, manzanas y fresones, o junto a pechugas, chuletas, sesos, higaditos, especias, flores, aceitunas o cualquier tipo de lata de conserva.

Nada se interrumpe, compradores y vendedores continúan su diálogo. Es un suave deambular, mientras se deja una cosa ya pedida, a veces con un

genérico "¡Traeme algo!", y se recoge el plato y el vaso de otra que se dejó a la hora del café. En su viaje de vuelta, que no es más que cerrar el recorrido ritual ya marcado de antemano, el dueño del bar o su ayudante le llevan a uno al sitio mágico.



Mercado de "El Arenal". SEVILLA



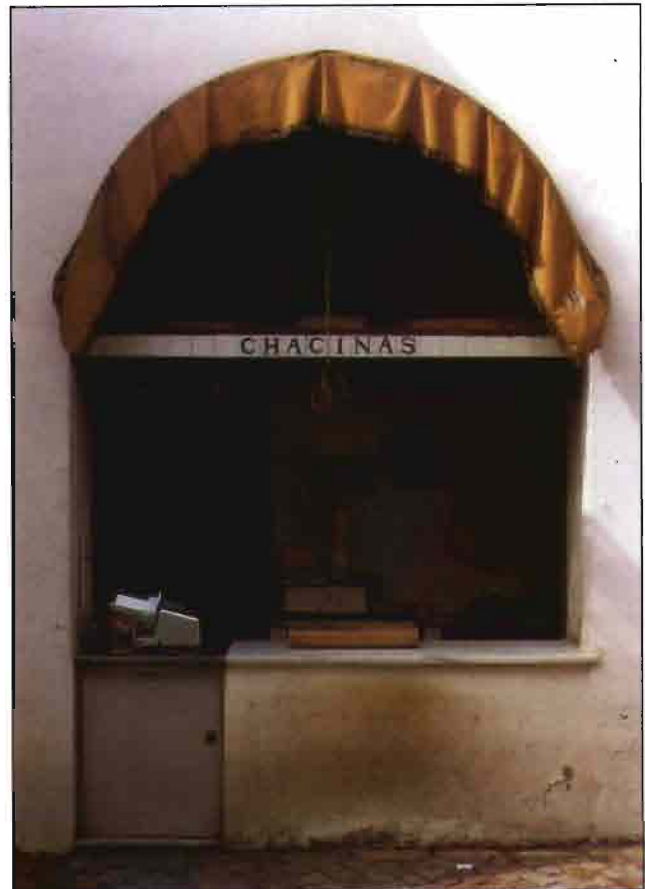
Hay quien prefiere hacer una pausa y acercarse al bar para hacer un ratito de tertulia, y es entonces cuando a mi me gusta estar cerca y picotear algo también, entre vendedores y clientes, junto a carniceros o pescaderos con sus delantales manchados, o al lado de amas de casa, algunas casi en bata y otras casi "de domingo".

Allí, en Triana, el bar estaba cerca de la puerta que daba a la calle Castilla. Su tertulia era bulliciosa y animada al final de la mañana. Su cerveza fresca y sus tapas bien ricas. Siempre es así en los bares de los mercados. Parece como que entre gente que anda vendiendo comida, el que no vale para prepararla, no tenga sitio.

Del mismo modo que uno se encariña con los sitios, en cada uno de ellos el corazón inclina sus preferencias por alguna de las personas con las que se acostumbra a coincidir. Por supuesto, no todos los contertulios repiten todos los días, la venta, las mercancías, los clientes y otras necesidades, dictan su orden de las cosas, y me ha pasado a veces, llegar y volver a marcharme de una ciudad sin que durante esos días hiciese acto de presencia alguno de mis preferidos, con lo que me he sentido frustrado e incluso temeroso, pues no siempre vuelve uno a ver a alguno de los que faltó un día de repente.

En Triana tenía mis amigos, como en todos lados, pero había uno por el que tenía marcada predilección. Se llamaba Antonio y vendía caracoles. Así, para nosotros, yo le llamé siempre "Antonio el caracoleiro", aunque no sé si eso congenia con las costumbres del lugar.

El se ponía junto a la puerta cercana al bar, con una mesita y dos grandes sacos o costales de malla amarilla repletos de caracolillos, que iba vendiendo a lo largo de la mañana, apenas sin una voz y casi sin un gesto. Ya se sabía que estaba allí,



Mercado de Feria de SEVILLA

era su sitio, y el que quería se acercaba y se lo compraba al entrar o al salir.

Había quien entraba por alguna de las otras dos puertas, la del puente o la que estaba enfrente del río, y luego salía por la suya, no se sabe muy bien si por no subir las empinadas escaleras por las que se bajaba desde la calle al patio del castillo, o por echarle un saludo y, de cuando en cuando, comprarle. Eso da igual y nunca se sabrá, el caso es que Antonio vendía bien sus caracoles y era popular.

Claro que caracoles no hay siempre, sólo en primavera, mas o menos entrada según el tiempo que haga, por lo que Antonio era un contertulio estacional.

A mi me gustaba verle llegar con su bolsón, que Lorenzo, el del bar, preparaba para días sucesivos. Sé



que a él también le gustaba verme, porque cuando estaba allí, me miraba y le veía sonreír. Nunca dijo nada, al contrario de otra gente que hacía comentarios o me dedicaba alguna frase.

Hace tiempo ya, hubo un día en que el tema de conversación de la tertulia fué el mercado. Se hablaba de quitarlo, se hablaba de visitas al día siguiente, de obras, de arreglos, de historia y de traslados. No me gustó nada y noté como la inquietud se adueñaba de mi cuerpo.

No pasaron dos días más sin que comprendiera que me estaba despidiendo de mi mercado. A él llegaron hombres con planos y otros que hacían de ayudantes, que miraban, tasaban, medían y fotografiaban todo desde todos los puntos de vista. Iban en grupo e incluso se tomaron unas cervezas en nuestro bar. Estuvieron simpáticos y sonrientes, charlaron un poco con todos, aunque no dieron respuestas muy claras sobre lo que iban a hacer o al menos yo

no las entendí del todo. Dijeron y aseguraron que todo quedaría como estaba, pero arreglado. Alguien recordó lo que había ocurrido en la Encarnación. Ellos rieron y dijeron que no, que no iba a ser así.

Yo me marché al día siguiente y ya no he vuelto nunca. O mejor dicho, no he vuelto al mercado aunque sí al castillo. La primera vez fué en otoño y yo viajaba hacia el sur, apenas podía parar más que para un breve descanso. Me acerqué por el lado del puente y la visión, desde lo alto, del patio vacío de puestos, con unos obreros excavando en su suelo, me produjo escalofríos. Marché de la ciudad aún antes de lo que pensaba, asustado y carente de sitio para mi estancia.

Volví de nuevo en primavera. Viajaba hacia el norte. Los obreros habían dejado de trabajar y en la zona cercana al muro del río quedaban unas zanjas y fosos de los que afloraban muros de ladrillo, rectos o en ángulo, haciendo lo que a mi me parecieron formas ca-



Nuevo Mercado de Triana. SEVILLA

prichosas. Después he oído que se llaman "restos arqueológicos". En la parte no excavada, crecían hierbas que daban al recinto un tono verde y bucólico que antes no tenía. No me hizo gracia. Me pareció abandonado. Con el corazón intranquilo, pensé en buscarme un nuevo barrio y un nuevo mercado para amenizar e intimar mis estancias en Sevilla. Me pregunté donde habrían ido todos. Supuse que se habrían desperdigado por el barrio o aguantaban con la promesa de un nuevo mercado. Oí que estaban haciendo uno nuevo en la parte



Mercado de Feria. SEVILLA

alta de la calle San Jacinto. Empecé a buscar y dudé de si Antonio no andaría tan errático como yo me sentía. Era primavera y él no tenía puesto fijo, podía ir adonde quisiera, siempre que hubiera hueco en una puerta, junto a otros caracoleros.

Mi vista planeó sobre la ciudad como si fuera un mapa. Pensé primero en El Arenal, al otro lado del río y cerquita de Triana. El mercado es casi moderno, tiene soportales y oficinas alrededor y un aparcamiento debajo. El bar era un buen bar, que estaba en una esquina y tenía un espacio con mesitas junto a él (he sabido que hace poco ha habido obras y lo han cambiado de lugar). La tertulia no era mala, pero yo me sentía desasosegado y me desanimaban las galerías que sobaban y permanecían vacías y también un poco el espacio tan cerrado por bóvedas de hormigón, que contrastaba enormemente con el espacio abierto de Triana.

Volví a él las siguientes visitas a Sevilla, pero du-

rante una de ellas opté por acercarme a otros sitios y probar. Escogí la Encarnación, del que tantas veces había oído hablar. No duré nada allí y me volví al Arenal.

El de la Encarnación es un mercado que se hizo hace veinte años, en un rincón de la plaza del mismo nombre, mientras se reconstruía el que se había derribado en el centro de ella. Es una pena, pero sus tejados sin luz lo hacen oscuro y se tiene que contentar con una sola puerta. Le falta sitio, casi tanto como el que le sobra a El Arenal, y sus bares son los de fuera, que lo mismo son de la calle que del mercado y, aunque no están mal, no tienen el mismo significado para mí.

Mas adelante decidí probar en el de Feria, del que había oído hablar en varias ocasiones. Me atrajo desde la primera vez que lo ví. Está enclavado en un barrio bullicioso y alegre, junto a la parroquia de "Omnium Santorum", cuya torre mudejar parece presidir también el mercado.





Antigo Mercado de Triana. SEVILLA

Este está compuesto por cuatro pabellones, que se unen, dos a dos, mediante un lucernario de cristal que convierte la callecilla que los separa en una galería más del mercado. Los dos grupos están separados por un espacio, presidido por la torre mudéjar de la iglesia vecina, y forman en su conjunto un gran rectángulo, en el que todas las calles exteriores, salvo la de la fachada principal, que es la calle Feria, están acondicionadas exclusivamente para los peatones.

Su interior está organizado metódicamente, vendiéndose las verduras y frutas en la parte central de los tres pabellones más pequeños; la carne, chacinas, conservas, ultramarinos y demás, en los puestos de borde de cada uno de ellos, y el pescado en la parte interior del más grande.

En este último sobre todo, los puestos son muy

bonitos, con mármoles y azulejos que acostumbran a estar limpios y relucientes, sobre los cuales está instalado un entramado de hierro del que penden las básculas y las lámparas que iluminan cada uno de los puestos. El tejado está sustentado por otro entramado de hierro, muy ligero, que no agobia nada el interior.

A mi me gusta especialmente que los puestos del perímetro de los pabellones tengan también venta a la calle a través de una ventana con un arco circular, bajo el cual pone, con letras pintadas en baldosines, el tipo de tienda que es. Todos los arcos y todas las letras son iguales y el conjunto es muy atractivo. Además, sobre estas ventanas se extiende una pérgola metálica, cubierta con cristales, que resulta muy útil y bonita.

Enseguida que lo vi me gustó. Tenía la desven-



taja de no estar junto al río, que, aunque en la parte que pasa junto a Triana no tiene la misma actividad de antaño, no deja de ser un puerto y me servía magníficamente como referencia para localizar mi refugio en la ciudad. Pero pronto empecé a reconocer la torre y con ella la iglesia, distinguiéndolas ambas del resto de las muy numerosas que existen en Sevilla, y utilizándolas como primera referencia para aproximarme al mercado.

No he dicho todavía que el bar, "cantina" se llama allí, está situado al fondo de la calle que separa los pabellones, al pie de la torre de la iglesia y ocupando un rincón entre el pabellón más grande y un muro de la misma, que acoge las arquerías del antiguo claustro.

Hay otro bar en el otro extremo de la calle, dentro de las casas que dan fachada al mercado. Se

llama "Los Manolos" y seguro que se está muy bien en él, pero yo prefiero la cantina, donde la tertulia se hace al aire libre, como en Triana, con buena sombra en verano y a resguardo en invierno, y donde, de vez en cuando, llega un curioso olor a incienso que se mezcla con los de los pescados, verduras, frituras y guisos, formando uno nuevo, que no me sería posible describir, pero que constituye para mi una de las peculiaridades inseparables de su ambiente.

La primera vez que escogí el de Feria para mi estancia en Sevilla era final de verano, ya casi llegado el otoño, yo viajaba hacia el sur, y usé todo mi tiempo en aprehender su arquitectura, sus espacios, sus puestos, sus luces, los sonidos y las voces, la gente, el ambiente, su ritmo... todo me parecía nuevo e igual que lo anterior, lo que tantas veces había vivido en Triana. Me sentí, me acuerdo

→



Mercado de "El Arenal". SEVILLA

muy bien, como un recién llegado, con la carga de ilusión y expectación que eso conlleva. También me sentí solitario y, por ende, nostálgico de mis amigos, aunque en mi fuero interno sabía que pronto los haría nuevos.

Cuando volví de nuevo, ya era primavera entrada en Sevilla. Yo viajaba hacia el norte y tenía ganas de confirmar mi nuevo fragmento de hogar dentro de mi mundo desperdigado. Llegué de noche y por la mañana, apenas abierto el mercado, cuando ya había contemplado unas cuantas horas de actividad y descansaba un rato en la cantina, me llegó un inconfundible olor a guiso de caracoles. Me puse nervioso, sin llegar a entender

entonces por qué, aunque más tarde, volviendo la vista atrás, los motivos resultaban evidentes. Así estuve toda la mañana, con ganas de marcharme y de quedarme, de moverme y de estar quieto, y sin conseguir hacer ninguna de estas cosas.

Ya cerca de la una, yo notaba la tertulia bien formada. Aún no la conocía y no sabía de su ritmo y su intensidad, pero allí había unos cuantos contertulios a los que yo me aprestaba a ir conociendo poco a poco.

En algún momento giré la cabeza y miré hacia la cancela que separa aquel rincón del resto del mercado. Como si lo hubiera intuido, como si fuera una idea mía, por allí apareció, en ese momento, Antonio, con su saquito de caracoles, que habían de formar parte de las tapas de los próximos días, con su sonrisa, con su presencia y con lo que representaba de compañía en mi deambular a la búsqueda de un nuevo lugar donde anidar en Sevilla.

El me vió también inmediatamente. Siguió con sus cosas, pero se sonrió y su mirada hacia mi fue mas larga que en otras ocasiones. A mi me pareció que algo estaba bien, que algo acababa de cuadrar y que también él estaba sintiendo algo parecido. Me apeteció charlar, me apeteció contarle, describirle poco a poco todo este relato. Pero no pude, no nos dijimos nada. Fué una pena, pero era lógico, él es una persona, yo soy un pájaro. □

Juan Rodríguez de Lecea. 42 años.
Arquitecto y escritor. Nació en Madrid
y vive en Sevilla desde 1988.

Fotos: Juan Rodríguez de Lecea
y Joaquín Terán



Mercado de "El Arenal". SEVILLA